

VIOLENCIAS SILENCIADAS



NAUFRAGIOS

FERNANDO BRAVO

1 EXPLICACIÓN

Además de los imponentes buques y los majestuosos veleros, los mares se ven surcados por anónimas pateras, cayucos, balsas, canoas, botes, zodiacs y hasta colchones inflables. La historia de los primeros es la del poder, el transporte de mercancías, los barcos de guerra – aterradores, descomunales-, las rutas de los cruceros y el control de las fronteras, y todos ellos tienen en común estar hiperconectados, ser famosos, icónicos o adorados. Presentes, casi omnipresentes, soberbios, pendientes de la imagen que proyectan y sabedores del respeto o miedo que infunden; en ellos se sintetiza la historia de los Estados y los imperios, antiguos y modernos. Y por otro lado tenemos embarcaciones que no fueron concebidas más que para pesca de bajura, para el recreo o para atravesar pequeñas distancias, sean marinas, lacustres o fluviales. Embarcaciones que tienen una dimensión humana, que no dan cuenta de la Historia, sino de pequeñas historias, pequeñas vidas con pequeñas necesidades y pequeñas consecuencias, al límite del anonimato, al límite del silencio. Por ello, cuando estas frágiles embarcaciones se aventuran en alto mar, intentan una gesta que las supera por definición y, también por definición, suelen fracasar.

Cuando una de estas embarcaciones naufraga no ocurre nada más que lo que estadísticamente debía ocurrir, porque ¿cuáles son las posibilidades de que una patera cruce el Estrecho, se enfrente a vientos endiablados y transporte a decenas o centenas de personas de un continente a otro? ¿O las de que una barca inflable con un motor que indefectiblemente fallará antes de la mitad del camino lleve a otras tantas personas famélicas hacinadas en un campo de refugiados que en su mayoría ni saben nadar a una isla alejada a centenas de kilómetros?

Lo normal es naufragar, desaparecer, ser una estadística anónima, una estimación y poco más; quizás un recuerdo. Y todo ello ocurre en silencio. Para nosotros, porque no escuchamos sus gritos, sus lamentos, sus llamadas de socorro; ellos se desgañitan inútilmente. Todo esto supone un acto máximo de violencia contra el ser humano, contra nuestro congénere, contra la Vida como tal.

Y se trata de una violencia a la que no se le da eco, que queda silenciada. Si hay algo peor que morir en un naufragio es que ni siquiera se sepa que ha muerto: desaparece de la memoria, no deja huella, no ocupan la tierra ni su cuerpo ni sus cenizas. Se convierten en silencio: llegan a ser lo que no es. Oxímoron, contradicción de términos que solo se resuelve mediante el recurso al absurdo. Un naufragio es, al final de todo, un absurdo.

Contra ese absurdo la industria del cine lucha denodadamente, Hollywood a la cabeza: cuántas recreaciones habremos visto del hundimiento del Titanic, de submarinos de la guerra, fría o caliente, en misiones secretas o anunciados a bombo y platillo; porque el Poder es escribir un relato de forma constante; si todo pueblo tiene su poeta, todo imperio tiene su cronista, y hay que escribir, escribir, escribir y rescribir. El pobre no acostumbra a tener nadie que le ponga voz y su existencia, entre otras cosas, se caracteriza por verse sumida en el silencio, que es casi una inexistencia.

Pero hay un fino hilo que mantiene viva la memoria de esos hechos, que prácticamente pone cara a esas personas, que insinúa que pasaron por este mundo y que elabora un microrrelato paralelo a los grandes relatos. Encontramos flotando sus enseres, maletas desperdigadas por la arena, varadas en las rocas o flotando en el agua que son el último testimonio de la violencia a la que fueron sometidos.

En silencio pero no totalmente silenciados, los objetos que vemos hablan mudamente, el objeto se personaliza, hace un recorrido, nos interpela y nos dice que algo ocurrió, que alguien escogió una serie de ellos, organizó su cabida en la maleta, escogió de entre varios aquéllos que le identificaban, que le servirían de piedra fundacional para levantar el nuevo edificio vital al desembarcar y que han sido precisamente ellos lo que han sobrevivido a la catástrofe y que es su misión, su obligación, dar testimonio de esos hechos. Sin más pretensiones. Aquí, pues, están las maletas y su relleno, supervivientes de una violencia hasta ahora anónima.

2 PROPUESTA DE ACTIVIDAD

Sin grandes pistas previas, preguntar qué evoca la visión de maletas, ropa y otros enseres de la forma que se presentan aquí. A qué se pueden referir, qué nos dicen, qué esconden, cómo nos sentimos ante su visión.

Puede ser cualquiera: desde el vecino de al lado hasta el emigrante de última generación, el hijo que atiende una escuela privada o el joven que ha pasado por un CIE. Cada uno de ellos tiene una experiencia de la vida, del viaje, de los sueños y las renunciaciones y eso condicionará su visión de las obras aquí expuestas, por lo que será enriquecedor que esas diferentes perspectivas se vean contrastadas, sea en forma de conversación o mediante el testimonio particular de cada uno.